

En busca de la pureza

■ León Bloy, aquel notable escritor católico francés, solía hablar de un sentimiento que era una constante en el hombre. Lo llamaba "la nostalgia de la virtud". Y si afirmamos un poco más la expresión, tenemos que llegar a que a lo que Bloy se refería era a esa necesidad de pureza que habita en el ser humano y que tiene como contrapartida el horror a la contaminación.

Y no se trata de la pureza individual. También esa necesidad está referida a la pureza cultural, a la conservación incólume de costumbres y características que nos dan una identidad. Los puristas están en todas partes dedicados a la impropia y difícil tarea de conservar incontaminado lo que nos define como raza y como pueblo.

Los puristas del lenguaje se reúnen en academias y pretenden evitar la invasión de barbarismos; los folkloristas tratan de incomunicar y, así, evitar el contagio a artistas y artesanos populares; los moralistas forman ligas y crean grupos de presión para impedir que las costumbres evolucionen, imitando lo que a diario se ve en la televisión y el cine. En cada país del mundo terráqueo los amantes de la cultura tratan de proteger "la chilenidad", "la argentinidad", "la etiopeidad", "la afganistanidad" de sus pueblos, propiciando los valores que dicen serles propios y rechazando los que, a su parecer, les son ajenos.

Todos ellos quieren permanecer puros, desean mantener su identidad y sienten nostalgia de los tiempos en que las cosas eran claramente así o así; cuando las fronteras de las naciones y de la ética demarcaban claramente vocablos, culturas, costumbres y el bien y el mal.

Noble y estéril empeño. Así como de invierno en invierno no llega una gripe con denominaciones diferentes sin que haya vacuna capaz de atajarla, así a través de aviones, de satélites de comunicación, de sofisticada y renovada tecnología recibimos a diario la invasión del contagio foráneo.

Las características locales, así, entran en plena disolución y el internacionalismo impone su padrón generalizador. Y si bien es cierto que esto afecta en mayor grado a los países en vía de desarrollo, no están inmunes las grandes potencias. Cualquier observador superficial advertirá en ciudades como New York, Los Angeles o Miami la influencia hispanoamericana de portorriqueños, mejicanos y cubanos que ha cambiado el idioma y no poco de sus costumbres; Francia, tan orgullosa de su patrimonio cultural, se nutre de la incesante fuente norteamericana, y los Ingleses, que desde que perdieron el imperio parecen haber perdido el amor propio, renuncian a su insularidad recibiendo y adoptando gustosos toda costumbre, moda o manifestación artística que les llegue desde el continente.

Por todos los rincones del mundo se escucha la misma queja. Que en las fondas del 18



en Chile no se oyen cuecas, sino cumbias; que en la campiña yugoslava no se ve el multicolor traje típico, sino la gris tenida del mundo occidental; que Centroamérica se olvidó del castizo idioma para expresarse en una jergona de inglés y español.

Donde este mestizaje cultural se hace más patente es en las ciudades satélites, aquellas que se han construido alrededor de las grandes capitales para dar cabida a la incesante inmigración proveniente de los campos. La Roma que construyó Mussolini, con sus edificios funcionales y blanqueados, en nada se diferencia de los barrios periféricos modernos de París, ni siquiera de las nuevas edificaciones de Tokio.

La cultura transnacional ha dado paso a ciudades transnacionales, carentes de identidad propia, pero aptas para cumplir sus funciones y satisfacer las necesidades del hombre que, después de todo, es uno solo.

No hay forma de resistirse al contagio. Cualquier persona con un mínimo de racionalidad así lo entiende. Pero comoafortunadamente el hombre no es sólo un ser racional, sigue añorando la pureza perdida, sigue sintiendo la nostalgia de una identidad que se desvanece y, por eso, sigue luchando inútilmente para alcanzarla.

Y aunque tampoco sea nada de racional, me gusta que así sea.

PARTIQUINO